

Anibal Otero, filólogo y campesino

Alfonso Magariños

«**P**ARA la gente de Ribeira de Piquín, Anibal Otero, campesino de aquella tierra, era un hombre raro. Hablaba poco porque callaba mucho; recibía libros de Madrid, de Alemania, de los Estados Unidos. Por las noches escribía sobre no sé qué cosas. Era un hombre extraño. Tenía fama de sabio, pero de una sabiduría misteriosa para las gentes, pues no era médico ni abogado ni cura ni veterinario ni maestro, saberes y profesiones todas ellas bien concretas. Hombre de poco hablar, sabía mucho de palabras y andaba siempre a la caza de alguna sin que los vecinos supiesen bien por qué o para qué. En un apartado rincón de su aldea natal llevó a cabo, entre azada y azada, un importante trabajo lexicográfico. En qué condiciones espirituales trabajó, es fácil de sospechar por cuantos hemos tenido el honor de tratarlo. Ciertamente pocos hombres han soportado mayores sufrimientos».

ASI describe el profesor Alonso Montero la rica y contradictoria personalidad de Anibal Otero, uno de los gallegos ilustres más desconocidos, a pesar de su brillante contribución al estudio de nuestra lengua. Las contradicciones de la personalidad de Anibal Otero derivan tanto de su propia psicología como de las circunstancias en que se vio precisado a vivir y a desarrollar su actividad. Ser campesino y científico al mismo tiempo, dedicarse a la investigación filológica y ser confundido con un espía, con las consecuencias políticas que ello entraña, constituyen situaciones anormales y de difícil integración personal. Tres años y algunos meses han transcurrido desde su muerte. Este artículo sólo pretende actualizar su recuerdo y dar a conocer su relevante obra.

EL ALPI

Anibal Otero nació en San Xorxe de Barcia (Ribeira de Piquín, provincia de Lugo), el 21 de enero de 1911. A los cuatro años se trasladó a Vigo, dada la condición militar de su padre.

Estudió el bachillerato en Lugo y Valladolid. En Madrid hizo la carrera de Filosofía y Letras, especialidad de Filología Románica. Tuvo como profesor a Navarro Tomás, Menéndez Pidal y otros maestros de aquel tiempo. Acabados los estudios en 1931 —parece que le quedó sin hacer una asignatura, concretamente el Hebreo— pasó a colaborar con el desaparecido Centro de Estudios Históricos, dirigido por Menéndez Pidal. En 1934 se ponen en marcha los trabajos de cartografía lingüística para la confección de un Atlas Lingüístico de la Península Ibérica (ALPI), dirigido por Tomás Navarro y supervisado por Menéndez Pidal. En él Anibal Otero colaboró al lado de profesores ya entonces tan conocidos como M. Sanchis Guarner*, Lorenzo Rodríguez Castellano, Aurelio Macedonio Espinosa, Francisco B. Moll y Armando Nobre de Guamão. Trabajos de este tipo existían ya en

* Con fecha 28-XI-1977 el vespertino catalán TELE-EXPRES ha propuesto la organización de un homenaje científico internacional a Manuel Sanchis Guarner, el primer profesor de Lengua y Literatura Valenciana en la Universidad de Valencia, colaborador del ALPI y del Diccionario Catalán-Valenciá-Baleár.



otros países, como Francia, Italia y Rumanía. Se había convenido que la recogida del material se llevara a cabo por dos lingüistas, a fin de asegurar la objetividad y la transcripción correcta de los rasgos fonéticos. A Aníbal Otero le correspondió recorrer toda Galicia, parte de Castilla y Portugal. En este último país contó con la colaboración del profesor Nobre de Gusmão y en Castilla, con la de Aurelio M. Espinosa. Por lo que se refiere a Galicia, en cambio, la investigación corrió a cargo de A. Otero, quien recorrió en solitario 45 de las 53 poblaciones incluidas en la encuesta. Era prácticamente el primer trabajo sistemático que se hacía en Galicia de estas características. Como afirma Alonso Montero, «no poseíamos diccionarios rigurosos, ni estudios fonológicos, ni investigaciones comarcales, si se exceptúan unos escauceos de Leite de Vasconcelos, Ebelling y Schneider. En cuanto a indagación de áreas fonéticas, sólo tres artículos de Alonso Alcalá Vicente. Conviene insistir, repito, porque solamente así podremos valorar la significación del Atlas en su parte gallega, parte la más relevante, pues la asturiana, catalana o andaluza no presentarán más que

hechos ya harto conocidos». Esta sección gallega del ALPI es prácticamente obra solitaria de Aníbal Otero.

El conocimiento lingüístico del castellano, por el contrario, estaba más adelantado, a un nivel verdaderamente europeo, gracias a las aportaciones sobre todo de Menéndez Pidal. De todas maneras, el interés del ALPI era muy grande, según el mismo Menéndez Pidal manifestaba en unas declaraciones hechas en La Habana a Gerardo Alvarez Gallego, ya entonces exiliado: «Ahora precisamente está para rematarse la más cara ilusión científica de mi vida, una obra de alto vuelo nacional. Trátase del 'Atlas Lingüístico', empresa semejante a la ya relizada en Francia y en Rumanía. Hállase terminada, después de recorrida la parte de Cataluña, Castilla y Asturias. Faltaba Galicia. Mas el investigador señor Otero ha concluido allí recientemente el acopio de material».

CONFUNDIDO CON UN ESPIA

Menéndez Pidal encomiaba luego en la misma entrevista el sacrificio y la devoción con que

Intentando compaginar artes tan dispares como la agricultura y la filología, Anibal Otero fue una especie de «exiliado interior». (Paisaje gallego: Sobrante),



Anibal Otero se había entregado a la confección de los mapas lingüísticos para el Atlas. En los meses previos al levantamiento militar de 1936 recorría el Norte de Portugal, en compañía de Nobre de Gusmão, «provisto de cuadernos, que contenían cerca de dos mil preguntas, con anotaciones en ortografía fonética —signos, palabras al revés, raíces, etc.—». Se le había proporcionado un aumento en la beca del Centro de Estudios Históricos e incluso se le había facilitado un «modesto automóvil» para que pudiera realizar su trabajo con mayor prontitud que en Galicia. En estas circunstancias lo sorprendió el levantamiento militar en el norte de Portugal. La policía portuguesa lo detuvo, considerándolo como un espía. Sospechaba del coche oficial que conducía así como del material lingüístico que había acumulado. Fue entregado a la policía española. El cinco de agosto de 1936 ingresó en la cárcel de Tuy. Se esperaba obtener de él, en calidad de espía, informaciones de Madrid y no sufrió daño. En la cárcel coincidió con Darío Alvarez Limeses, quien, antes de ser fusilado, pudo escribir una carta a su familia encomendándole a Aníbal Otero y pidiéndole que avisasen al canónigo compostelano Jesús Carro García para que asistiese a su juicio. El consejo de guerra tuvo lugar el 5 de marzo de 1937. Anibal Otero fue condenado a cadena perpetua. Al parecer, el testimonio de Carro García sirvió para convertir la acusación de alta traición en la de rebelión militar.

Cuatro meses después de la detención, Menéndez Pidal estaba todavía ignorante de lo acontecido. Alvarez Gallego aprovechó la entrevista para informarle de los hechos:

«Yo he sabido por un condenado a muerte la detención en Portugal, por aquella policía, de un español que se llamaba Otero. Debieron sospechar de él, precisamente porque viajaba en una máquina con matrícula de Madrid y el escudo de la República en la portezuela. Lo detuvieron, lo registraron como usted supondrá, le encontraron fácilmente los cuadernos de apuntes. Palabras a medidas, palabras cambiadas, notas ininteligibles... Sin duda la ortografía fonética que se emplea para esta clase de trabajos. Y la policía portuguesa entregó al sospechoso señor Otero en la frontera española.

En Tuy lo metieron en la cárcel. El hombre insistió en justificarse. El no era espía. Aquellos signos correspondían a la faena científica que estaba llevando a cabo por encargo del Centro de Estudios Históricos de Madrid. El era un hombre de ciencia. Se trataba de una confusión, terrible sin duda. Pero fue inútil. La policía portuguesa lo había entregado asegurando su condición de espía. La española no quiso saber más. No le hacían caso; lo vigilaban estrechísimamente; no podía comunicarse con el exterior.

Un conocidísimo médico, a quien iban a fusilar una madrugada de octubre, pudo escribir a sus familiares una carta que, como gracia póstuma, dejaron los carceleros de la prisión que llegara a su destino. En esa carta el sentenciado, que iba a morir con toda tranquilidad de espíritu y con toda resignación de cristiano, nada pedía para él. Nada más que se le rezase. Pero en cambio rogaba apremiantemente a sus familiares avisasen urgentemente al arqueólogo y canónigo de Santiago, doctor Carro, para que viniese a la cárcel de Tuy y aclarase el tremendo error del señor Otero».

El propio Álvarez Gallego temía, mientras hablaba con Menéndez Pidal, que Aníbal Otero hubiese perecido ya y desde luego estaba seguro que Carro García había regresado a Santiago con muy pocas esperanzas. «La obsesión del espionaje en la guerra civil es pavorosa. ¡Todo es pavoroso en la guerra civil!», decía. Menéndez Pidal, por su parte, prometió hacer todo lo posible por salvar la vida a un hombre inocente, «entregado a una misión científica de suma importancia» y también para salvar el Atlas Lingüístico, que seguía constituyendo para él «la mayor ilusión de su vida».

No fue posible deshacer el error. Aníbal Otero recorrió durante la guerra civil y los primeros años de la postguerra las cárceles de Tuy, Vigo, San Simón y Burgos para regresar finalmente a Figuerido. Gracias a los sucesivos decretos de indulto que se promulgaron a partir de 1939, pudo salir de la cárcel en situación de libertad condicional el 22 de mayo de 1941 y en libertad definitiva el 22 de agosto de 1942.

EXILIADO INTERIOR

Tras los cinco años de prisión, Aníbal Otero regresa a su aldea natal de Barcia, donde se establece definitivamente, con episódicas salidas a Madrid y a Portugal. Intentando compaginar artes tan dispares como la agricultura y la filología, fue hasta su muerte, acaecida el 14 de marzo de 1974 a la edad de 63 años, una especie de «exiliado interior». Ni siquiera en la cárcel había abandonado Aníbal Otero sus pesquisas lingüísticas entre los presos. Durante su prolongada residencia en Barcia, pequeño núcleo rural del municipio de Ribeira de Piquín situado a unos 50 kms. de Lugo,

pudo intensificar su trabajo, capturando «sabrosas palabras» de labios de los campesinos en la siembra y en las vendimias. Fruto de este meticuloso trabajo es su **Vocabulario de San Xorxe de Piquín**, publicado por el Instituto de la Lengua Gallega. Sobre él escribía Menéndez Pidal el 31-XII-1942 en respuesta a una carta del autor: «recibo su vocabulario de San Jorge de Piquín. Muy abundante, muy útil. Hay que publicarlo. Ahora usted dirá si prefiere que yo desde afuera gestione la publicación o esperar mejores circunstancias. Esto último traerá retraso, cuya duración no sabemos».

Otros trabajos fueron viendo la luz regularmente a lo largo de aquellos años oscuros de la postguerra. En 1949 inició en «Cuadernos de Estudios Gallegos» la publicación de una serie de artículos bajo el título general de **Hipótesis etimológicas referentes al gallego-portugués**. Escribió unas 30 colaboraciones sobre este tema, que completó con otros artículos más en 1969 con el título de **Algunas adiciones al léxico hispánico**. En «Archivum», revista de la Universidad de Oviedo, inició en 1953 la publicación de otra serie de artículos titulada **Contribución al léxico gallego y asturiano**, de la que aparecieron unos diez trabajos. Es de destacar también la colección de romances gallegos que Aníbal Otero entregó a Menéndez Pidal para el romancero que éste estaba preparando. Son unos trescientos, en castellano, probablemente la serie más importante de Galicia, con temas desconocidos en otras regiones españolas. Este trabajo respondía a la solicitud de Menéndez Pidal, quien con fecha de 2-VI-1941 escribía a Aníbal: «El Romancero sigue engrosando su caudal. Cualquier versión que usted recoja por ahí no se olvide de en-



El 2 de junio de 1941, don Ramón Menéndez Pidal escribía a Aníbal Otero: «Mucha satisfacción tuve en recibir carta de usted y saber que estaba ya en libertad». (En la foto, don Ramón Menéndez Pidal, y sentado a su derecha, Aníbal Otero).

viármela». Es 1966 apareció su trabajo «**Voces onomatopéyicas del gallego-portugués**, en homenaje al profesor Alarcos, y al año siguiente la editorial Galaxia de Vigo publicaba su **Contribución al diccionario gallego**».

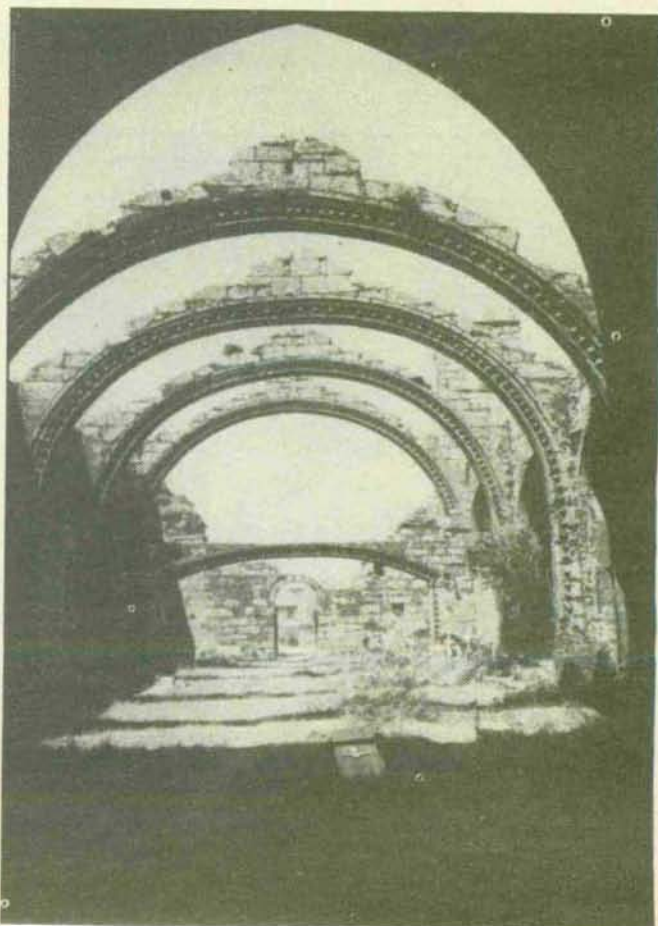
Hay otros trabajos sueltos, dispersos por revistas y diarios. En 1932 había publicado en el núm. 101 de «Nos» el poema **Eso**. Antes de la guerra escribió varias piezas líricas, algunas de las cuales vieron la luz en la publicación lucense «Guión» y posteriormente en el diario «El Progreso». Otras permanecen todavía inéditas. También permanecen inéditas dos novelas, una de ellas en castellano y sin título. La segunda, titulada **Esmoriz**, es una novela autobiográfica en la que el autor narra su peregrinación por las cárceles franquistas. Es posible que esta obra vea pronto la luz. Desde su pazo de Trasalba Ramón Otero Pedrayo, entonces profesor en la Facultad de Filosofía y Letras de Santiago, escribía el 12-X-1950 a Aníbal Otero solicitando su colaboración para la **Historia de Galicia**, sufragada por el mecenas gallego afincado en Buenos Aires, Manuel Puente. Se proyectaba sacar una grandiosa obra de 5 volúmenes, redactada en gallego por escritores del país. Luego el proyecto no pudo llevarse a cabo en su totalidad. Otero Pedrayo solicitaba de Aníbal Otero una colaboración de 100 páginas a manera de **Resumen histórico de la lengua gallega**, apremiándole con el testimonio de Castelao que, en frase de Pedrayo, «había muerto pensando en esta obra». Aníbal Otero se había casado el 31 de mayo de 1949 en Lugo con Asunción Alvarez, maestra de su aldea natal. En 1964 fue nombrado miembro de número de la Real Academia Gallega, pero no llegó a pronunciar el discurso de ingreso. Al año siguiente un grupo de amigos le rindió un homenaje en Lugo.

PERFIL HUMANO

Es difícil clasificar políticamente a Aníbal Otero. No era siquiera republicano, aunque prefería la república a la monarquía. Fue siempre antifascista. En la prisión se negó sistemáticamente a cualquier clase de colaboración con el régimen. No estaba afiliado a ningún partido, ni siquiera antes de la guerra. Políticamente practicaba una especie de anarquismo ruralista y naturalista de corte tolstoiano. Era moderado y no simpatizaba con la idea de progreso. En el campo religioso era más avanzado. Su postura personal era el ateísmo, según declaración de sus familiares,

aunque contemporizaba con algunos ritos sociales de la religión.

Sin duda la experiencia de la cárcel y el aislamiento a que se vio sometido en la postguerra acentuaron su «pertinaz retraimiento», actitud a la que sus compañeros de trabajo en el ALPI, Sanchis Guarner y Lorenzo R. Castellano, atribuían en parte la falta de comunicación con él durante la postguerra, en carta del 4-XII-1950. Igualmente Navarro Tomás, ya retirado en Northampton, admiraba la «vida retirada y tranquila al cuidado de su hacienda» de Aníbal Otero, en carta fechada el 9 de enero de 1974, en la que comentaba los informes que a este respecto había recibido de Leonardo Santamaria. Era la última comunicación entre Navarro Tomás y el filólogo campesino lucense, antes de la muerte de éste, de una larga serie de cartas que se intercambiaron en los largos años de la postguerra. Las relaciones con los demás colaboradores del ALPI se habían enfriado. Navarro Tomás se queja de ello. Recibía algunas noticias de Rodríguez Castellano y de Francisco Moll, pero no sabía nada de Sanchis Guarner ni de Espinosa. Ni siquiera había tenido contestación de ellos a sus cartas. «Consecuencias lamentables de los profundos estragos de la guerra», escribía Navarro a comienzos de 1974. Por el contrario, la comunicación con Aníbal Otero no se había interrumpido jamás. Poco después de esta carta, Horocel, el hijo de Aníbal Otero, comunicaba al profesor exiliado en USA la muerte de su padre. Navarro Tomás respondía el 1-V-1974 con una carta en la que manifestaba



Políticamente, Aníbal Otero practicaba una especie de anarquismo ruralista y naturalista de corte tolstoiano. (Cementerio de Cambados).

sin ambages todo el aprecio que sentía de sus más íntimos colaboradores:

«Es su padre el primer miembro que desaparece de la estrecha familia que formamos alrededor de la empresa del Atlas Lingüístico de la Península Ibérica. Puso su padre como todos al servicio de esta obra la generosidad de su competencia y entusiasmo, pero sufrió además el sacrificio injusto e infundado de una larga prisión, que sin duda debió quebrantar su salud y habrá sido la causa de acortar los años de su vida.

...El nombre de su padre recibirá el honor que le corresponde, acrecentado por el sufrimiento que la violencia de un ciego atropello le hizo padecer. Fue un amigo afectuoso y un colaborador de rigurosa y responsable disciplina. Me afecta su desaparición como la de un próximo familiar. Siempre lo recordaré con cariño».

EL ALPI DE NUEVO

Menéndez Pidal tuvo noticias del encarcelamiento de Aníbal Otero en La Habana, gracias a los informes de Alvarez Gallego. No tardaría tampoco en enterarse de su liberación en 1941. El 2 de junio escribía a Aníbal Otero: «Mucha satisfacción tuve en recibir carta de usted y saber que estaba ya en libertad». Le prometía reponer algunos de sus libros extraviados durante la guerra y le anunciaba que Navarro Tomás, el director del ALPI, se había exiliado en Estados Unidos, encontrándose en la actualidad de profesor en Columbia University. Menéndez Pidal encontró a Aníbal Otero decaído y pesimista, a tenor de su carta escrita poco después de salir de la cárcel. Lentamente su ánimo se fue serenando. Pidal constataba año y medio más tarde una favorable evolución en el espíritu de Aníbal Otero. «Ve que está usted más animado desde la otra carta que me escribió», confesaba en carta del 31-XII-1942. Seis meses después se hacían los primeros tanteos sobre la viabilidad de ultimar la recolección del material lingüístico e iniciar la publicación del ALPI. Menéndez Pidal volvía a escribir a Aníbal formulándole una proposición audaz y comprometida: reanudar el trabajo gracias al cual había sido juzgado en consejo de guerra, mereciendo entonces la pena de cadena perpetua y cinco años reales de cárcel. «¿Estaría usted dispuesto —escribía Pidal en carta del 6 de junio de 1943— a reemprender los trabajos de Portugal si se arregla el reanudarlos? Vengo de Lisboa y de la parte portuguesa todo está fácil. Gusmão está muy entusiasmado con la idea y el Instituto para la Alta Cultura me ofrece todo lo que haga falta». Pidal tomó entonces las primeras precauciones para conseguir la cul-



Desde su pazo de Trasaiba, Ramón Otero Pedrayo —en la imagen— escribía a Aníbal Otero solicitando su colaboración para la Historia de Galicia, sufragada por el mecenas gallego afincado en Buenos Aires Manuel Puente.

minación de ALPI. Se hizo un balance del trabajo realizado en la anteguerra y del que faltaba por realizar. También se realizó un inventario de los medios económicos disponibles para continuar la obra. El 3 de julio de 1943 comunicaba a Aníbal que se había entrevistado con el Director de Bellas Artes, Marqués de Lozoya, y con el Ministro correspondiente, quienes habían mostrado un inequívoco interés en «arreglar de parte de España la continuación del Atlas». Recomendó a Aníbal Otero una entrevista con el Marqués de Lozoya durante el verano, comprometiéndose a ocuparse entretando de la obtención de su pasaporte. Rodríguez Castellano, Sanchis Guarner y Moll iniciaron lentamente los trabajos. Pero eran varios los problemas sin resolver. En primer lugar, el de Navarro Tomás, que conservaba en su poder todo el material recogido. Menéndez Pidal pidió a Aníbal Otero que iniciase conversaciones con él. En 1948 el Consejo Superior de Investigaciones Científicas llegó a un acuerdo con Navarro respecto a la terminación y publicación del Atlas. Sanchis Guarner y Rodríguez Castellano fueron enviados a Nueva York para recibir las instrucciones de aquél, discutir sus condiciones y traer el material a España. Navarro ponía como requisito fundamental para entregar el material que su nombre no figurase en la edición de la obra y que los trabajos los continuasen los mismos que los habían iniciado bajo su dirección. No hubo obstáculos oficiales a la hora de aceptar esta propuesta. A la distancia de ocho años, Navarro Tomás explicaba desde Nueva York en carta del 9-III-56 a Aníbal Otero las motivaciones de su decisión:

«Yo guardé los materiales del Atlas mientras



«El nombre de su padre —escribía Navarro Tomás a Horocel Otero (hijo de Aníbal)— recibirá el honor que le corresponde, acrecentado por el sufrimiento que la violencia de un ciego atropello le hizo padecer». (En la imagen, mujeres gallegas).

tuve la esperanza de que la situación cambiaria. Cuando la marcha de los acontecimientos me hizo perder la esperanza, comprendí que había llegado la hora de devolverlos. Desde entonces me considero como mero director retirado o excedente. Hice entrega no sólo de los materiales sino de las líneas y normas relativas al plan de la obra. Por lo demás, contesto con gusto a las consultas que se me quieran hacer, pero no intento ejercer influencias para mantener mi criterio sobre la presentación de una obra que no ha de publicarse bajo mi dirección.

La idea de usted respecto a la conveniencia de que yo hubiera actuado por lo menos en la confección del primer tomo para marcar la pauta general era irrealizable sin la rectificación por mi parte de una actitud que yo no pienso alterar hasta que ocurra un cambio de circunstancias, lo cual comprendo bien que significa probablemente la renuncia definitiva a nuestra antigua colaboración. Me siento en una incapacidad de aceptación de los hechos consumados superior a todo género de sacrificios».

En estas condiciones se reanudaron los trabajos. Francisco Moll y Sanchis Guarner concluyeron la recolección del material en Cataluña y Lorenzo R. Castellano hizo el mismo trabajo en Asturias solo.. Parece que no pudo contar con la colaboración de Aníbal Otero para esta tarea. Por lo que se refiere a Portugal, no estaban todas las dificultades superadas. A. Otero no parecía del todo convencido de la conveniencia de implicarse nuevamente en la obra. El mismo Navarro hubo de intervenir para disipar sus prevenciones, en carta fechada el 8-XII-1950, coincidiendo con la estancia de Rodríguez Castellano y Sanchis Guarner en Nueva York: «Al reanudar el trabajo se hace necesaria la colaboración de usted, si quiere prestarla. Comprendo que a usted le repugne volver a una empresa que le ocasionó tanto daño, sin ayuda posible de nuestra parte. Obre usted con entera libertad. No hay derecho a pedirle a usted más sacrificios». Aunque Na-

varro tenía noticias imprecisas sobre la aventura corrida por Aníbal Otero durante la guerra, los informes detallados de Castellano y Guarner lo dejaron atónito: «Me he sentido consternado pensando en lo que usted ha tenido que pasar. Cuánto dolor innecesario e injusto». Más tarde se introdujeron en la confección de la obra algunas correcciones metodológicas que volvieron a sembrar dudas en Aníbal Otero sobre la oportunidad de su colaboración. Navarro Tomás tuvo que intervenir de nuevo para disipar sus temores: «No le aconsejo que rompa sus relaciones por este motivo con la obra ni con sus compañeros, si no es que las personas influyentes por su propia decisión desean prescindir de usted. Su presencia podría servir para conservar en todo caso alguna parte de las diferencias y detalles que fueron objeto de discusión». Parece además que Aníbal tenía ciertas diferencias con Gusmão, con el que había colaborado en la primera etapa, y no estaba satisfecho de la atención prestada por el Instituto de la Alta Cultura de Lisboa. Ya en 1943 Menéndez Pidal le había recriminado su hostilidad latente hacia dicho Instituto que, según el sabio polígrafo, tanto se había interesado por él.

Otros problemas a propósito de la investigación lingüística en Portugal surgieron por la intervención de algunos filólogos portugueses, especialmente Paiva Boleo. Al parecer éstos se manifestaron hostiles al Atlas por considerarlo una «intromisión» de Madrid y una «penetración pacífica». Según la interpretación de R. Castellano y Sanchis Guarner en carta a A. Otero desde Nueva York en diciembre de 1950, esta actitud displicente de los portugueses se debía más bien a una indisposición personal de Dámaso Alonso con Paiva. Menéndez Pidal, Navarro Tomás y en general todos los colaboradores eran partidarios de que la investigación incluyese también a Portugal, porque «es inconcebible separar el gallego del portugués». Además pensaban que la Penín-

sula «es una unidad geográfica y una comunidad cultural evidente». Navarro añadía que el Atlas constituía una «obra de envergadura histórica que no podía subordinarse ni a las rencillas personales ni a las suspicacias localistas». Entretanto el Instituto de Alta Cultura de Lisboa había reiterado ya su disponibilidad a colaborar en la obra, incluso económicamente.

UNA GRAN OBRA FRUSTRADA

Una dificultad quedaba todavía en pie, antes de reiniciar los trabajos de cartografía lingüística en Portugal: encontrar un colaborador a Aníbal Otero, que finalmente había dado su consentimiento. Gusmão, no obstante su interés por la obra, se había retirado; tampoco era posible contar con el profesor Chorão de Carvalho. Se ofreció el nombre del profesor F. Lindley Cintra, al lado de quien tras varios aplazamientos, Aníbal Otero pudo por fin reanudar los trabajos en Portugal. Era el año 1953. No es extraño que Menéndez Pidal se lamentase en el verano de 1947 de haber perdido una enorme cantidad de tiempo desde su estancia en Portugal el año 1943. Se habían consumido nada menos que 10 años de conversaciones y acuerdos. Cintra y Aníbal Otero concluyeron en poco tiempo su trabajo de recolección de material, con lo que finalmente se podía proceder a la publicación de la obra.

Entre el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y Navarro Tomás surgieron nuevos problemas. Al parecer el CSIC pretendía utilizar el prestigio de Navarro Tomás para lanzar el Atlas, haciendo figurar su nombre en los sucesivos volúmenes como director de la obra. La respuesta del profesor fue taxativa, en carta escrita a Rafael de Balbín Lucas el 30-XI-1959:

«Hace por ahora un año que escribí a usted manifestándole mi deseo de que mi nombre no figure en el cuadro de las personas que publican el ALPI, fundándome en varias razones que sería innecesario repetir. No tuve el gusto de que usted acusase recibo de mi carta. Meses después recibí una copia mecanográfica del proyecto de prólogo del Atlas, al frente del cual no sólo se me incluía en la plana de colaboradores, sino que se me asignaba un papel impropiamente representativo del trabajo que tuve a mi cargo... No puedo suponer que el silencio de ustedes signifique que van a desatender mis razones y van a presentar la tabla editorial del ALPI bajo la forma anticipada por el borrador del prólogo. Lamentaría verme en el caso de tener que desautorizar públicamente una representación y un título impuestos contra mi voluntad».

Idénticas advertencias hizo Navarro a San-chis Guarnier, sin recibir tampoco contestación. Lo único que el profesor exiliado se mostraba dispuesto a aceptar era figurar como «director hasta 1936» en la portada o contraportada de la obra. La carta escrita a Aníbal Otero el mismo día, a la que adjuntaba copia de la enviada a Rafael de Balbín, era igualmente taxativa: «Supongo que ya conoce mi propósito de no volver a España bajo el presente régimen y de no participar en ninguna actividad dependiente de su administración o patronazgo. Este es el principal motivo de que me niegue a figurar en la portada del Atlas». Por fin, el año 1962 veía la luz el primer volumen del ALPI. Aníbal Otero y sus compañeros de trabajo celebraron el 17 de abril el fausto acontecimiento con un encuentro al que asistieron también Menéndez Pidal y Rafael de Balbín. No salieron los demás volúmenes esperados. Navarro Tomás volvía a lamentarse desde Nueva York en la última carta que dirigía a Aníbal Otero: «Se ve que el ALPI está definitivamente paralizado, tal vez por razones económicas. No parece que haya otros motivos. El primer volumen debió resultar muy costoso. Tendremos que resignarnos a pensar que sus materiales serán útiles a los lingüistas futuros. He puesto interés en recomendar a don Rafael de Balbín que los materiales sean guardados y protegidos en los archivos del CSIC». Sobre la aportación a A. Otero al ALPI escribió Alonso Montero: «Con los materiales recogidos y elaborados por él ha de contar desde hoy todo aquel que trabaje concienzudamente sobre el gallego. El tiempo dirá hasta qué punto es fundamental esta afirmación». ■

A. M.



Con los materiales recogidos y elaborados por él ha de contar desde hoy todo aquel que trabaje concienzudamente sobre el gallego. (En la foto, Aníbal Otero en plena madurez).